

Beatrice Rimo
Universidad de Basilea

El alfabeto en la literatura española contemporánea

Es sorprendente cuántos autores españoles, en los últimos años de este milenio, se hayan dedicado al tema del alfabeto. ¿A qué se debe este fenómeno? Quizás tenga que ver con el momento histórico de cesura, de connotaciones apocalípticas de caos, en que se siente cierta necesidad de estructurar los acumulados acontecimientos pasados para entrar en el año 2000 sin demasiado lastre y con la esperanza de empezar un tramo nuevo, una nueva era.

De estos escritores he elegido a Bernardo Atxaga, Juan José Millás, y Julián Ríos, cuyos métodos de incorporar el abecedario en sus textos quisiera analizar.

Para cada uno de los tres autores el alfabeto cumple funciones diferentes, que se entremezclan a veces. Con la ayuda de las letras que conciben en su dimensión tridimensional y temporal ordenan sus materiales, ideas, acontecimientos. Resulta básica la función inspiradora del alfabeto, de musa, que proporciona ideas y estímulos, connota palabras, formas, pensamientos y llega a representar características humanas. Los tres escritores elegidos cumplen con esa funcionalidad polifacética del alfabeto en sus siguientes títulos: *Lista de locos y otros alfabetos* (1998), *El orden alfabético* (1998) y *Amores que atan o Belles lettres* (1995).

Parece apropiado analizar aquí las tres obras por orden alfabético de los autores.

BERNARDO ATXAGA: *LISTA DE LOCOS Y OTROS ALFABETOS*

Ya en una obra precedente, *Obabakoak*, Atxaga infiltró el abecedario en la versión vasca ordenando los capítulos según las letras iniciales de sus títulos. Con su nuevo libro de 1998 evolucionó la idea e impregnó la obra de referencias al sistema de las letras. Los distintos capítulos se vuelven textos autónomos, a veces con mini-cuentos intercalados. Todos estos apartados mantienen el hilo conductor gracias al alfabeto. Su importancia no se reconoce solamente en los relatos que lo componen, sino que constituye la base de un género literario aparte: "Los **alfabetos**". El narrador, en busca de ideas y estímulos, convoca las letras como personajes; y explica así su motivación (pp. 14/15):

Los viajes me habían hecho comprender que el alfabeto escondía una infinidad de secretos, y que las letras – lejos de ser puras espaldas cargadoras – tenían sus propias historias que contar (...) extendía las veintitantas letras sobre la mesa y hacía solitarios: buscaba historias, mensajes, señales. A veces los encontraba y otras no; a veces los olvidaba y otras no.

Cada letra refleja cierto carácter, según su forma gráfica, por ejemplo, también según la pronunciación, o el sitio que ocupa entre los otros signos del abecedario, las asociaciones que empiezan por el mismo grafema, o la línea que traza la mano escribiéndola. Así la – n –, que casi siempre tiene temple "negativo" porque esta palabra se inicia con ella; o la – a – por su posición prominente en el alfabeto, se presenta como la más "sabia" e "inteligente". La – p – al contrario de la – n –, muy estable, "poética"(p. 56), "pertinente", "persuasiva"(p. 47) e „(im-)paciente"(p. 54), siempre se caracteriza por adjetivos que empiezan por la misma "p", como la – s – que se introduce "simple" y "seria"(p. 54), o "curiosa" y "cierta" la – c – (pp. 52-55). Pero no basta el criterio de la letra inicial para inventar atributos de temperamento a los personajes ficticios. Como ya mencionamos, la forma gráfica y la pronunciación rigen la búsqueda por parte del narrador de términos específicos. Si se mira la – o –, por ejemplo, ¿a quién no vendría la idea de que podría ser insaciable a causa de su gran vientre? Atxaga se entretiene con las letras como un niño con sus juguetes, con gracia y encanto y con gran detallismo e imaginación.

Cuando juega con todo tipo de asociaciones, parece que Atxaga tiene las letras entre sus manos. Las palpa y siente lo que tiene que escribir como si le transfiriesen su esencia elemental a través del sentido del tacto. Así, toman una forma de tridimensionalidad expresiva. Pero el

escritor no solamente las consulta por un vocablo, sino que de la palabra obtenida mediante este proceso lúdico produce sinónimos, antónimos, paradojas, etc. Además hace rodear la letra en cuestión de palabras que empiezan por ella para que sea subrayada y para que se entienda su substancia. De este modo puede saltar de un tema a otro, totalmente distinto, conectándolos por el nexo del alfabeto. Eso presupone que se mantenga en cada situación el orden lineal del sistema, como hace Atxaga, aunque no siempre termine en la - z -. Algunos alfabetos se interrumpen antes, por ejemplo en la - p -, la - m -, o la - n -, como en *Medio alfabeto sobre la literatura vasca*, donde el final abrupto simboliza, en el nivel temático, el carácter trunco de la literatura vasca. Es decir que si algún alfabeto termina antes, Atxaga tiene sus motivos precisos.

JUAN JOSÉ MILLÁS: *EL ORDEN ALFABÉTICO*

Esta maravillosa historia habla de cómo el alfabeto se ha convertido en un sistema muy importante para la sociedad moderna tecnologizada, en la que la cotidiana aplicación de los signos hace inconcebible un mundo sin letras o palabras, representadas gráficamente por el abecedario. Millás, al reconocer esta importancia, ha escrito *El orden alfabético*, un libro tan cómico como trágico, en lo que concierne la fantasía del personaje principal. Empieza así:

Algunas noches, al meterme en la cama, intentaba imaginar un mundo sin palabras; suponía que habíamos comenzado a perderlas por orden alfabético y que de la A sólo nos quedaban de asesino en adelante, así que no teníamos aire ni abejas ni abogados ni abreviaturas ni aceros ni acicates ni ancianos. (p. 12)

El protagonista, Julio, vive la mayor parte de su tiempo en una dimensión fantástica, onírica, adelantada al tiempo de la realidad. Todo empieza cuando, en este segundo nivel, los libros huyen, empiezan a pudrirse y con ellos se pierden las letras y las palabras. Cuanto menos letras hay, mayores se vuelven el caos y la imperfección alrededor de Julio. Su amada Laura, por ejemplo, al perder la 'r' se torna en *Laua* y deja de ser bella y gentil, por incompleta. Ciertos objetos, como la mesa, el tenedor, el cuchillo y la puerta ya no tienen nombres, lo que implica el regreso a la animalización, porque la gente simplemente empieza a no utilizarlos y a destruirlos. Es decir que la negación total de la tecnología comprende la vuelta hacia el comienzo de la evolución. Julio insiste en el tema de la animalización porque le asusta mucho. Logra salir de su

estado primitivo gracias a un último pensamiento hacia el final del libro, cuando ya ha decidido dejar su mundo ficticio.

Él mismo está convencido de que la gente y las palabras viven en una simbiosis, en la que, si una mitad falta, la otra no puede sobrevivir. A través de la enciclopedia, en la página 267, consigue liberarse de su obsesión peligrosa:

El tomo en el que se encontraban sufrió un par de movimientos bruscos, y luego se quedó quieto, como un avión tras superar una turbulencia. Julio respiró hondo y trató de imaginar el momento en el que aquella multitud de la que formaba parte saliera de la enciclopedia, como los animales prehistóricos abandonaron el mar para fundar de nuevo la realidad.

Millás ha tomado una de las más importantes invenciones de la humanidad, el alfabeto, para hacer observar al lector las consecuencias trágicas de la pérdida descrita. El factor psíquico de las personas no es de poca importancia. A lo largo del libro y de los viajes del personaje en su dimensión fantástica, se reconoce el estado de ánimo reinante. La historia refleja una posible reacción de la sociedad moderna, si la privásemos de la escritura, de la que depende tanto que, si de pronto no existiese, causaría la atmósfera de susto y de caos descrita en *El orden alfabético*. De cierta manera, al contrario del procedimiento de Atxaga en *Lista de locos*, que utiliza el alfabeto para ordenar, Millás lo hace desaparecer provocando el desorden total. El mensaje es el mismo: '¡el abecedario conlleva el orden!'. Julio asocia este orden a la realidad, que solamente puede existir con el alfabeto. En el momento en que el narrador lo reconoce, el sistema de letras evoluciona de ayuda práctica a necesidad.

A la psicología de Julio se juntan toda una serie de estudios iniciados ya en los tiempos de Platón. Hoy en día, en la cultura de Occidente alfabetizada casi al cien por cien, se supone que todos saben escribir. Pero ¿qué quiere decir esto? Que los cerebros de los hombres de esta cultura, al contrario de los de culturas orales, también están alfabetizados, sus pensamientos influidos por la escritura que domina todas las frases que se dicen, su memoria.

En éste sentido se podría decir que la escritura debilita la mente, por asumir hasta los encargos más fáciles. En sus diálogos con Sócrates, Platón *escribió* decididamente en contra de esta forma de representación; quizás sin haber estado consciente de la paradoja.

Mediante la escritura las palabras tienen una presencia visual, con la cual se transforman en entes concretos, físicos. En *El orden alfabético* se pierde poco a poco esta visualidad. Para los personajes de la cultura alfabetizada, con la mente acostumbrada al sistema de signos, empieza un regreso evolutivo, por falta de una técnica de sobrevivencia de la mente. Los cerebros debilitados por la escritura difícilmente pueden recordar sin ella. Con la pérdida de la palabra “mesa” en los diccionarios se pierden también las mesas y se come en el suelo. Laura pierde una “r”, y *Laua* ya no representa la misma persona, le faltan todas las calidades que le daba la “r”.

JULIÁN RÍOS: AMORES QUE ATAN

En *Amores que atan* se emplean las letras del alfabeto como títulos de los capítulos. Pero no se reducen a esta simple función. Ríos ha asociado a las letras nombres de protagonistas femeninas de textos literarios preexistentes, cuyas historias de amor ha intercalado en su relato, adoptándolas como pasajes de la vida del narrador. Así, las figuras de libros ajenos se convierten en sus amantes. El hilo conductor se mantiene gracias al personaje principal, que está buscando a su actual amada, a quien llama Fugitiva; cada capítulo o carta que él le escribe corresponde a una historia de amor anterior, desarrollada en plan de adivinanza para el lector.

El narrador insiste en los distintos textos en la letra del título empleando muchas palabras que empiezan por ella y manipulando además la lengua para ampliar sus posibilidades (cf. *Lista de Locos* de Bernardo Atxaga). En el capítulo – P –, incluso cada párrafo empieza por esta consonante¹. En las primeras tres frases de la – C –, nada menos que once palabras empiezan por esta letra, pero aparecen con menos frecuencia hacia el final. Las diferentes unidades narrativas tienen otras peculiaridades. La de la – M –, por ejemplo, no lleva punto hasta al final, como en el modelo intertextual, el monólogo de Molly en el *Ulysses*. En el apartado de la – H –, el juego con la inicial es un eco de *Der Steppenwolf* donde el narrador Harry Haller, “alter ego” del autor Hermann Hesse, conoce a Hermine, la heroína del capítulo de Ríos, y cree ver en sus rasgos hermafroditas a Hermann, su amigo de infancia.

¹ José María Méndez en *Cuentos del alfabeto*, El Salvador, Libros de Centroamérica, 1992, lleva el juego al extremo de empezar *cada palabra* de un relato con una sola y la misma letra.

Y en el capítulo de la – W –, que arranca con la advertencia “WARNING”, el narrador compila una larga lista de la indumentaria atractiva, con la que la protagonista femenina trata de seducirlo. Con cada prenda de vestir mencionada al comienzo de cada párrafo, aumenta su sensación de peligro del hechizo pronosticado con el “WARNING”.

Ríos muestra con esta obra su gran familiaridad con la literatura europea y norteamericana y su agilidad al jugar con relatos ya conocidos añadiéndoles una nueva dimensión, al condensarlos de libros enteros a capítulos cortos. El hecho de que se sirva del sistema de escritura para ordenar el inmenso material le ayuda a no perder la orientación en su gigantesco laberinto de historias. Ríos se entretiene con las palabras de modo parecido al de Atxaga, pero su juego es menos inocente y se mueve en el nivel intelectual-psíquico, más que en el sensual. Mientras que Atxaga toca las letras, las siente, las observa y las gusta sobre su lengua para entender lo que le quieren decir, Ríos las trata de manera más mental. No le sirve el contacto directo con los signos, sino que los imagina y genera asociaciones mucho más abstractas, intangibles. Eso se ve también en las palabras escogidas: Atxaga utiliza muchos nombres, adverbios y adjetivos elementales, sencillos, directos que se pueden dibujar², los de Ríos, menos concretos y más complejos³, necesitados de más explicaciones

Los tres textos se emparentan en cuanto a las motivaciones cómicas, intelectuales y lúdicas. Millás y Atxaga, ambos se entretienen creando imágenes de mundos fantásticos, oníricos, de letras perdidas, libros que vuelan (huyendo a través de las ventanas) y folios que navegan (como barquitas de papel en el riachuelo de la literatura vasca).

Millás experimenta con la ausencia de las letras y describe los efectos en un sentido técnico, material y también mental, mientras que Atxaga se mantiene siempre en contacto estrecho con ellas. Su percepción sensual del alfabeto contrasta más con la de Ríos, distanciada, menos atenta a la suerte de las letras concretas.

² Cf. *Lista*, p. 40: “solo [...] apesadumbrado [...] deprimido [...] viejo”.

³ Cf. *Amores*, p.95: “engolosinándose [...] vistas abarquilladas [...] recuerdo fantasma [...] asociación caprina”.

Bibliografía

- ATXAGA, Bernardo (1998), *Lista de locos y otros alfabetos*, Madrid, Siruela.
- ATXAGA, Bernardo (1998), *Obabakoak*, Barcelona, Ediciones B.
- MENANT, Sylvain (1994), *Littérature par alphabet: Le dictionnaire philosophique de Voltaire*, Genève, Slatkine, pp. 33-53.
- MÉNDEZ, José María (1992), *Cuentos del alfabeto*, El Salvador, Libros de Centroamérica.
- MILLÁS, Juan José (1998), *El orden alfabético*, Madrid, Alfaguara.
- ONG, Walter J. (1986), *Oralità e scrittura. Le tecnologie della parola*, Bologna, Il Mulino.
- RÍOS, Julián (1995), *Amores que atan o Belles Lettres*, Madrid, Siruela.